

VA sorbiendo poco a poco un zumo de naranja, «que no esté muy frío, por favor», y la cantante mallorquina se deshace en elogios hacia el público valenciano que desde hace unos días ha tenido la oportunidad de apreciar su voz y sus nuevas canciones en los recitales del teatro Escalante.

«El público aquí es muy cáldido y siempre me encuentro muy a gusto. Es un público que me entiende muy bien y con el que se establece una comunicación muy maja. Esta receptividad ayuda mucho a lo largo de un recital en el aspecto creativo. A través de ese grado de comunicación tan grande, aprendes mucho del público. Aprendes y das tú.» De su estrecha relación con el País Valenciano y su interés por nuestra música, «que tiene muchos puntos de contacto con la catalana, la mallorquina y la de otras zonas del Mediterráneo», ha visto la luz un disco grabado junto con el grupo valenciano Al Tall y que lleva por título *Cançons de la nostra Mediterrània*.

«La idea ya es antigua, porque a mí siempre me ha gustado mucho su trabajo y tanto ellos como yo hemos estado embarcados en un mismo trabajo, basado en la música popular y el folklore. Cuando conoces a una persona y la aprecias, acabas haciendo algo en común. En este caso, yo he hecho un disco con Al Tall y desde luego no descarto una colaboración futura. No sólo nos une el idioma, sino una tendencia a la música popular.»

El folklore y la música popular, que Maria del Mar Bonet convierte en el tema central de la entrevista y de los que habla con una devoción infinita, son las aspiraciones máximas de una cantante que dedica todos sus esfuerzos al trabajo bien hecho y a la dignificación de una música y unas danzas proscritos durante largo tiempo. «El disco que he grabado con Al Tall recoge temas inéditos de todo el ámbito dels Països Catalans. También hemos incluido algunos poemas con músicas que nos gustaban mucho, pero que tenían textos que no nos convenían. Por ejemplo, hemos escogido un poema de Estellés para la música de un bolero de l'Alcúdia y un texto de Timoneda del siglo XVI y le hemos puesto una música de Ontinyent que se llama el Esguilando.»

Maria del Mar Bonet rechaza las acusaciones de algunos puristas, como ella misma los califica, por su forma de recrear la música popular o las composiciones folklóricas. «Nuestra manera de ver la música popular es creativa y no es cerrada. Nos recreamos en ella partiendo de la base musical, pero creando algo nuevo. Nos interesa estudiar las raíces y a partir de ahí sacar otra música.»

Afirma muy convencida que la *cançó* está inmersa en un marco más amplio que es la cultura de nuestro país y reconoce que el peligro de que esta oferta cultural sea manipulada siempre está presente. «La cuestión radica en saber navegar y saber hasta qué punto te pueden manipular. Yo creo que hasta ahora nunca me he sentido puesta en un lugar donde no haya querido. Además la proyección de nuestras



«Mi manera de ver la música popular es creativa y no cerrada. Intento recrearme en ella para crear algo nuevo.»

canciones y nuestra música no forma parte de nuestro trabajo. La labor de una cantante es hacer su obra lo mejor posible.»

Maria del Mar Bonet, en la frontera de los 35 años, mallorquina, cantante y poetisa, ha mantenido a lo largo de los años una tenaz búsqueda de la perfección artística, el compromiso personal con la forma de ver la vida y la participación en las inquietudes, las alegrías y las tristezas de su gente. «Mi compromiso cívico ha consistido en hacer mi trabajo lo mejor posible. Esa ha sido mi mejor aportación. Si

eso sirve, ya has cumplido tu tarea. Por poner un ejemplo, si haces una canción en catalán y la canción es mala, de poco sirve a la comunidad.»

Se muestra Maria del Mar muy escéptica ante «esta cosa que llaman democracia y que es bien poca cosa. Todavía tenemos que luchar muchísimo para normalizar nuestro idioma, a pesar de que indudablemente ha habido avances. Lo de antes fue muy tenebroso, pero de todos modos nuestro idioma no está presente en las escuelas, ni en la calle, ni en los cines, ni en los teatros. Me hace mucha gracia cuando mis amigos *progres* de Madrid piensan que por aquí ya está todo solucionado, porque tenemos una Generalitat y algunas leyes propias. En cambio estamos como en las cavernas. Esta gente debería aproximarse a nuestra realidad para evitar esta actitud tan frívola que piensa que la cultura es solamente antifranquista y no profundiza más.»

La voz y la figura de Maria del Mar, que para muchos resulta inseparable de la imagen de las islas y que tiene unas inequívocas resonancias mediterráneas, es una decidida partidaria de unir a los pueblos del viejo mar a través de una cultura común. «Nuestra comunicación era mucho más intensa en la Edad Media que en la actualidad y por ello la música folklórica del Mediterráneo se está perdiendo a marchas forzadas. Ahora llega con mayor intensidad una radio, una información acústica de Estados Unidos, que una de Cerdeña. Ocurre lo mismo a nivel de medios de transporte y resulta una odisea viajar desde Barcelona o Palma a Cerdeña, que, si lo miras bien, está a la vuelta de la esquina.»

Niega que exista una mayor comunicación en nuestra época y añade que «la supercomunicación se refiere a los productos de las multinacionales, que saben apoderarse, a través de sus tentáculos, de toda una serie de líneas físicas y geográficas». La cantante mallorquina considera la cultura que nos llega de América muy joven y sin una sólida base, como es el caso de la mediterránea, al margen de que la cultura anglosajona ha bebido en nuestras fuentes.

«Yo no desprecio la cultura de Estados Unidos, pero sinceramente creo que la que tenemos más próxima es riquísima y tiene unas raíces mucho más profundas.» Y las raíces de Maria del Mar Bonet se con-

funden con Mallorca, con las islas, y su voz parece surgir del mar que las rodea y confundirse con el *pagés* que recoge la almendra o la *balanguera* que hila en los telares y cuya melodía se ha convertido en un himno mallorquín. Maria del Mar abandonó ya hace años las apacibles calles y plazas de la ciudad de Palma y sus trabajos de cerámica para acercarse a una Barcelona, donde un grupo de cantantes formaba los Setze Jutges y una sociedad amordazada culturalmente creaba el movimiento de la *nova cançó*.

«Creo que yo he puesto mi granito de arena. Cuando yo



«Nuestro idioma todavía no está en las calles, en los colegios o en el cine tras cinco años de esta llamada democracia.»

comencé a cantar, prácticamente nadie se dedicaba a la música popular en Mallorca. Todavía más, este tipo de música estaba desprestigiada y los únicos que se dedicaban a ella eran los coros y danzas de la Sección Femenina. Y estos grupos desvirtuaban, salvo excepciones, el folklore y estaban orientados hacia los espectáculos para turistas cuando los alemanes o los ingleses llegaban al aeropuerto o a alguna recepción.»

A principios de los años sesenta, Mallorca se vio obligada a ofrecer una imagen para la exportación a base de sol, playas y bailes típicos. En pocos años, la fisonomía de la isla cambió por completo y mientras bloques de apartamentos invadían de forma especulativa la costa, los propios mallorquines iban renegando de sus señas de identidad para adaptarse al idioma, las cos-

tumbres o la música de las oleadas rubias que llegaban del Norte a caballo de los *tour operators*.

Maria del Mar Bonet se encuentra con este desolador panorama, al tiempo que comienza a interesarse por la música y el folklore de su tierra. «Cuando iba a los pueblos para que me enseñasen algo, la gente actuaba con un poco de vergüenza. Los mayores tampoco enseñaban canciones a los hijos porque les daba vergüenza. Yo fui incorporando algunas cosas a mi propio repertorio y al cabo de unos años la gente veía que yo cantaba música popular. Poco a poco, los vecinos de los pueblos mallorquines estaban contentos de hallarse ante una mujer que cantara un romance o una jota.»

A principios de los años 80, nueve mil personas han aprendido a bailar jotas en Mallorca y a Maria del Mar Bonet la han seguido otros cantantes y otros grupos. A pesar de que la amenaza de la pérdida de la música popular continúa latente, los esfuerzos de algunos pioneros, entre los que Maria del Mar Bonet ocupa un lugar destacado, han dado, poco a poco, sus frutos. Esa música popular catalana, valenciana o mallorquina, que se encontraba al borde de la extirpación hace apenas unos años, congrega ahora a su alrededor miles de personas en cualquier recital.

Si bien no se opone a ofrecer recitales en campos de fútbol o plazas de toros, Maria del Mar Bonet prefiere los escenarios pequeños y recogidos, donde se puede tocar a la gente. «El teatro Escalante de Valencia es un modelo de marco para mis actuaciones. Me interesa un sitio donde haya poca distancia entre el público y el escenario porque es una cuestión de mutuo respeto, y en un local grande y abierto, la atención entre los espectadores y el artista se pierde. Necesito un poco de recogimiento para que la gente se encuentre a gusto, para que me vean bien.»

La cantante mallorquina no admite la crítica de que es fría y distante en los recitales. Su larguísima melena negra, sus anchas faldas, sus gestos tranquilos y calmos, su impresionante voz imponen en ocasiones una actitud casi reverencial por parte del público. «Yo creo que soy bastante cálida cantando, pero la calidez de un recital también depende en gran medida de los propios espectadores. Pienso que tanta faena puede hacer el público

como yo. A veces intentas calentarlo y cuesta mucho. Ocurre lo mismo en una relación entre dos personas, en la que no sirve que se caliente una sola. En Valencia me suelen entender muy deprisa y la cosa se hace cálida enseguida, en poco tiempo hay una verdadera comunicación. Sin máscaras.»

Maria del Mar no es amiga de una excesiva popularidad, aunque confiesa que no le importa firmar un autógrafo o hacer unas declaraciones. Pero ella ha intentado mantener a lo largo de sus años de cantante un exquisito equilibrio entre su vida privada y su proyección pública. «En algunas ocasiones te abordan en un momento en el que estás con una persona en intimidad y claro, a la otra persona le da un poco de vergüenza que te reconozcan. A veces llega un punto en



«Hace unos años iba a los pueblos de Mallorca para que me enseñasen canciones y la gente se avergonzaba de su propia música.»

que tus amigos no quieren salir contigo. De todos modos, tampoco he llegado a un punto excesivo de popularidad y no me abordan mucho por la calle. Desde el punto de vista discográfico o de los medios de comunicación, tampoco me avasallan. Me gusta que la gente tenga una imagen equilibrada de mí.»

No le gusta tampoco a la cantante mallorquina «entrar a mano armada en la intimidad o en la vida de las personas» y por ello le molestó un cartel de promoción en el que aparecía

su rostro en un tamaño desproporcionado. «Es que parecía un gigante», y por ello en el cartel actual que anuncia sus actuaciones aparece su figura ante un muro blanco del que cuelgan unas plantas. A Maria del Mar Bonet no cabe duda de que le gustan los jardines y la naturaleza y no hay más que escuchar sus canciones o leer sus poemas.

«Además quiero que se me valore por un trabajo bien hecho y no por otras consideraciones. Mi trabajo se enmarca en un ámbito cultural concreto y no quiero estar dentro del ámbito de la canción de consumo que sale y se acaba. No lo he hecho nunca y tampoco me interesa hacerlo.» A pesar de ello, Maria del Mar Bonet ha conservado un halo misterioso y mítico, enfundada en sus amplios y oscuros vestidos y rodeada de una abundante cabellera morena, y ha sido fiel a una forma de expresarse, de vestir, de actuar y de cantar.

«Mis canciones son realmente las que hablan por mí y ellas son un reflejo de mi personalidad. Basta escucharlas para conocerme un poco. Por otra parte, mi imagen física responde a mi falta de imaginación en la cuestión del vestuario y el peinado. Siempre voy con la pelambrea esta. Soy bastante difícil para este tipo de cuestiones y además no me sientan bien todos los peinados. Tengo que reconocer que soy muy clásica en estos aspectos.»

Sus raíces culturales también alcanzan la forma de vestir y a Maria del Mar le gusta mucho la cosa artesanal como ella la define. «No olvides que me dediqué a la cerámica y a los trabajos manuales durante una época. Porque el mercado está invadido de ropas y colores que nunca hemos llevado en estos países. Todo me parece bien y todo se puede aprovechar, pero yo siempre voy un poco así, un poco larga, con cosas de tipo popular. Y no es exactamente por fidelidad, sino por gusto mío. Supongo que cuando empiece a tener el cabello más blanco, me lo recogeré y llevaré una trenza como las viejas de mi país.»

Dice que algunos cantantes, cuando hacen otro tipo de música, se sienten obligados a disfrazarse un poco, «porque también entra dentro de una determinada cultura y modo de hacer las cosas. Yo no estoy en contra de esto, pero me gustan otro tipo de cosas y soy un poco maniática en ese sentido. Me pasa lo mismo con los amigos. A mí me gusta que sean

un poco los mismos. Las cosas esenciales y básicas cambian poco y supongo que a mí me gusta encontrar un equilibrio con la gente. Tampoco me apetece que la gente me mire porque vaya demasiado larga. Me gusta un poco camuflarme».

Maria del Mar Bonet ríe cuando confiesa que le gusta camuflarse y que incluso un día acudió a un carnaval disfrazada. «Porque claro ir disfrazada de Maria del Mar Bonet no tenía ninguna gracia.



«La calidez de un recital depende de dos partes. Si el público no colabora, el cantante se siente frío y distante.»

Encuentro que el carnaval es precioso y muy divertido.» Pero también tiene que revelar su timidez y su miedo a causar impacto en algún sitio y añade que le encanta el camuflaje, pero es incapaz de ir por la calle de algún modo especial y llamativo.

«Me encanta el camuflaje en mi manera de ser. También me gusta el teatro y el teatro fuera del teatro y que la gente se vista de la forma que quiera. Cuando he visitado algún país exótico, he procurado ser tan exótica como las personas que veía por la calle.» Maria del Mar concluye con su admiración por «esa cosa física de los animales que se colocan encima de una hoja y son casi como la propia hoja. Eso es para mí la perfección máxima». Y no cabe duda que Maria del Mar ha logrado encarnar la tierra, su tierra, y fundirse con el paisaje y el paisaje de sus islas y del Mediterráneo de habla catalana.

Maria del Mar, con «Al Tall»

Feliz conjunción de la cantante mallorquina con el conjunto valenciano

Fruto de la colaboración entre María del Mar Bonet y el conjunto valenciano Al Tall, un disco y un recital. Temas de corte folklórico, efluvios del Mediterráneo, y una unión profesional que tiene probabilidades de continuar. De momento, la cita como presentación del disco, tendrá como escenario el Palau de la Música mañana, domingo.

Una idea nacida hace cuatro años, cristalizada ahora en un disco y un concierto, María del Mar Bonet, Al Tall en sociedad. Mañana en el Palau. Hoy, en «La Vanguardia». La cantante mallorquina y un representante del grupo valenciano Al Tall, nos hablan de su buena entente. «Es una primera conversación entre Al Tall y yo —dice María del Mar— que puede llegar lejos».

—Hace cuatro años —añade Manuel Miralles— surgió la idea. A partir de Enric Ortega, el revolucionario del grupo, en el buen sentido de la palabra, tenía muchas ideas, la mayoría irrealizables. Pero ahora sí que ha sido posible. Enric murió, y aparecieron otros impedimentos, pero estábamos en contacto con María del Mar. «Che, que tenim que fer el disco». Bueno, pues ahora lo hemos hecho.

El concierto en el Palau, tiene por objeto la presentación del elepé. «Habrá muchísimos instrumentos en el escenario, tantos que sería muy largo enumerarlos». Y María del Mar, introduce que «Manuel toca muy bien la dulzaina, y domina muchos más instrumentos musicales».

Surgió «Cançons de la nostra Mediterrània», justificado así por María del Mar:

—Su manera de trabajar la música popular me interesa mucho, yo puedo aprender bastantes cosas de Al Tall. Por esta razón he trabajado con ellos. Para aprender y respirar el aire que ellos respiran. Creo que es un camino muy amplio, que tiene muchas posibilidades. Advierto un trabajo conjunto con muchas horas por delante.

Colaboración razonada de la siguiente manera por Manuel, de Al Tall.

—Desde hace mucho tiempo, teníamos esta idea muy clara. Fijate, nosotros somos muy posteriores a María del Mar. Para nosotros era un ídolo y creo que conectamos por completo con su manera de cantar, con lo que ella entiende por música popular.

—Antes, María del Mar, y aún más, en otras ocasiones, me has hablado de tu deseo de aprender. ¿Te consideras una figura en formación?

—Yo quisiera ser muy receptiva. Para mí, la mayor desgracia sería encontrarme con que no puedo aprender más cosas. Cuando disfruto realmente es aprendiendo de los demás.

El Mediterráneo, una fuente de inspiración

María del Mar habla reposada, con una semisonrisa, una luz en la mirada que refleja su ilusión por los temas nuevos, y las viejas nostalgias. Está encantada con la música «del Mediterráneo», tan poco atendida —«bueno, ahora llega, más, tercia Miguel Miralles»—, tan próxima y a la vez tan lejana. «Porque el problema no es que haya algunos más que la conozcan o la cultiven sino que entre en las estructuras de difusión. Hablo de la música del norte de África, de la que muchos sólo conocen el sononete que escuchan algunas radios, o la griega, por ejemplo».

Manuel Miralles, Vicent Torrent y Miguel Gil, junto con Oswaldo Blanco (mánager) son los hijos del grupo Al Tall. Pero se conectan con otros músicos, y en realidad, Al Tall a lo largo de los siete años ha tenido variaciones en sus componentes.

Para María del Mar, el público es otra escuela. Es decir, lo ideal sería tener siempre la comunicación completa; un circuito que parte del cantante, va al auditorio y devuelve al can-



María del Mar Bonet ha redondeado otra gran creación en el cultivo de la canción tradicional

tante una energía nueva para seguir abordando el tema.

Desde el «Setze Jutges», en cuyo movimiento Joan Ramon el hermano de María del Mar, tuvo su plaza, la joven mallor-

quina supo lo que quería; algunos afanes se quedaron por el camino, pero su objetivo se mantiene intacto: un culto a la verdadera música popular. — Angeles MASO.

Palau de la
Música Catalana

MARIA DEL
MAR BONET

AL TALL

Recital únic
Diumenge 7 tarda

Cançons de
la nostra Mediterrània

AMB EL SUPORT DEL DEPARTAMENT DE CULTURA
I MITJANS DE COMUNICACIÓ DE LA GENERALITAT
DE CATALUNYA

Diuenge al Palau de la Música

Apoteosi mediterrània amb Maria del Mar i Al Tall

Recital amb les cançons d'un nou disc

Quan en un concert inicialment previst com d'una hora i mitja el públic, amb els seus aplaudiments incessants i amb les seves demostracions d'entusiasme, fa que s'allargui ben bé mitja hora més amb un seguit de més de mitja dotzena de repeticions, és clar que l'èxit de l'acte supera àdhuc les previsions més optimistes i fa que la sessió clogui en un ambient d'autèntica apoteosi.

I va ser justament així el que succeí diuenge passat al vespre, amb motiu del concert en què Maria del Mar Bonet i Al Tall presentaren, al Palau de la Música Catalana de Barcelona, la seva producció discogràfica *Cançons de la Nostra Mediterrània*. I, precisament per això, l'apoteosi fou mediterrània. I d'una mediterraneïtat inequívocament catalana, de Països Catalans.

Després d'algunes interpretacions del grup Al Tall en solitari —una de les quals dedicada com a protesta contra la Conselleria d'Educació de la Generalitat del País Valencià, en mans ucedistes, per la seva descarada política de secessió lingüística del català i, doncs, per la unitat de la nostra llengua—, el concert va prendre el seu caràcter distintiu i específic amb l'aparició a

l'escenari de Maria del Mar Bonet, i amb ella els músics Jordi Serrate, Xavier Mas i Lautaro Rosas. A partir d'aleshores, i per espai de gairebé una hora i mitja, vam poder assistir a una demostració esplèndida de recuperació creativa, imaginativa i intel·ligent d'una part important de la tradició musical popular dels Països Catalans.

Joan Timoneda

Des d'una vibrant joga de pagesia mallorquina fins a «L'asguilando», versió insòlita d'una composició religiosa a la qual ha incorporat un bell text de Joan Timoneda, i passant per una tonada d'espolarar ametlles o el bellíssim «Romanço de Blancaflor» o la clàssica «Es festeig des sa teulada», entre moltes altres peces, ens van arribar a través d'unes interpretacions càlides, directes, sensibles i sobretot molt vibrants. Unes interpretacions en les quals la veu cada vegada més i més madura i sòlida de Maria del Mar Bonet, amb tots els seus matisos expressius, unida als jocs de veus i d'instruments dels membres d'Al Tall i dels altres músics que els donaven suport, s'estructuraven en una

mescla d'allò més impressionant.

Entre les més de vint peces interpretades en el decurs del concert, cal destacar, sens dubte, composicions com «La ploma de perdiu», «So de pastera», «Havaneres», «El segador més petit» i el ja esmentat «L'asguilando», a més de «La Balanguera» i «La Moixeranga», peces aquestes interpretades ja en el llarg torn de repeticions que el públic que omplia a vessar el local va exigir amb els seus aplaudiments, testimoni fefaent de l'èxit apoteòsic assolit per aquesta insòlita rondalla catalana integrada per la mallorquina Maria del Mar Bonet i el grup valencià Al Tall, amb l'afegit de músics del Principat i àdhuc d'Amèrica Llatina.

Jordi Garcia-Soler



Al Tall i Maria del Mar Bonet al Palau

Països Catalans

No és cap novetat que músics i cantants procedents de diversos països catalans col·laborin en recitals i espectacles musicals i de cançó. Però el cas del recital de diuenge passat, que es reproduirà el dia de Sant Jordi a la plaça de Sant Jaume, és una mostra paradigmàtica de tot allò que el terrorisme cultural i antihistòric que deté alguns dels ressorts decisius del País Valencià —com la conselleria d'Educació— voldria no veure.

No sé quina hauria estat la reacció dels senyors Giner-Boira, Abril Martorell o Broseta si haguessin estat presents diuenge a la tarda al Palau de la Música de Barcelona, on una representació dels músics valencians —Al Tall— s'incardinava i es complementava amb aquesta exquisida representació de la cançó de les illes que es diu Maria del Mar Bonet. Una col·laboració que va engrescar fins al màxim un heterogeni públic del Principat, un públic que en bona part es va posar dret quan es va interpretar «La Balanguera» i «La Moixeranga» des de l'escenari.

La vibrant realitat dels boleros mallorquins i de les havaneres de Borriana encara ressona pels racons de la catedral modernista de la música. És la síntesi enèsima d'aquesta col·lectivitat que no reeixirà fins a reflectir-se en una formulació política adequada.

Llàstima que el Barça va perdre a Madrid.

Albert Abril

Crònica d'Albert Abril del recital on es presentà el disc *Cançons de la Nostra Mediterrània* al Palau de la Música Catalana el dia 7 d'abril de 1982, publicada el dia 20 d'abril de 1982 al Diari Avui.

María del Mar Bonet canta al Mediterráneo en Madrid

La intérprete balear actúa junto al grupo Al Tall

MARUJA TORRES, Madrid

El último verano ha sido para ella especialmente duro, surtido de recitales —con sus canciones, los unos, y junto a Al Tall, los otros—, y este doblete nos la deposita en Madrid agotada, ojerosa y con la voz —esa voz que parece tener raíces, piernas pro-

pias— debilitada en los registros ligeros. María del Mar Bonet, con todo, puede dar mucho hasta cuando le queda poco, hasta cuando se deja caer sobre la silla, en la informalidad de los ensayos, previamente molida a entrevistas. Se queja, respira hondo, arroja su garganta en la toquilla y eleva una copla alta.

La suya es una copla cristalina, sobre cierta mujer que, en París, ejercía de barbera y era *más bella que el cielo claro*. Y tú te quedas sin aliento porque sabes que lo ha hecho sólo para probar micro, para ayudar al ajuste de tanto instrumento como suena. Y ha sonado en Madrid durante dos días, el 15 y 16 de octubre, en el teatro Español.

Nunca se había presentado María del Mar en Madrid con tanta gente en escena. Son seis los músicos del grupo valenciano Al Tall que comparten con ella el espectáculo *Cançons de la nostra Mediterrània*, cuyo origen es un disco grabado en común, y están además sus tres acompañantes habituales: Lautaro Rosas, Xavier Mas y Jordi Serraute. No hay, prácticamente, en el escenario, espacio para que quepa un alfiler, sembrado como está de músicos, laúdes, cuatros, bandurrias, castañuelas y otros artilugios, amén de instrumentos musicales más comunes y de unos cuantos técnicos que surcan las tablas armados de cables e instrucciones.

“Dios mío de mi vida”, repite una y otra vez María del Mar, que tiene un estilo de lamento asaz teresiano. “Qué jaleo”. Tiene frío —“no contaba con estos vientos helados madrileños, vengo de una Barcelona cálida”—, y pide a los músicos que no le tomen el pelo —que se lo toman— cuando se le rompe la voz. “La tengo hecha un trazo”. Así y todo, se la ve contenta, satisfecha de esta experiencia: “Al Tall y yo tenemos muchos puntos en común, nuestro trabajo sobre la música popular es muy similar. Llevábamos como cuatro años dándole vueltas a hacer algo juntos, hasta que, finalmente, grabamos el disco y emprendimos recitales durante todo el verano. Pensamos también que nuestra colaboración puede ir mucho más lejos, siempre investigando en nuestro folklore, no sólo el del País Valenciano, el Principado y las Islas, como es en este caso, sino de

toda el área de influencia mediterránea, incluido el norte de África, Grecia, Sicilia...”

Una buena edad

María del Mar —cuyo nombre, en estos recitales, parece una redundancia de sus canciones— lleva alrededor de dieciséis años en esta profesión. “No, no estoy cansada. Me he ido enquistando en este trabajo y me siento bien. Me sigue gustando mucho cantar en público y también grabar discos. Lo que ocurre es que preferiría actuar una sola vez al año, durante un mes, en un teatro, dando todo lo que pudiera. Porque los cantantes estamos haciendo una cosa que a mí me parece mal, que es actuar en todas las ferias, en todos los festejos, en sitios en donde, sí, la gente te hace caso, pero no es demasíado tu ambiente... Yo pienso que los cantautores, sobre todo, tendríamos que hacer cosas y llevarlas a la gente cuando nos sintiéramos maduros para hacer-

lo, en teatros adecuados. Teatros que, por otra parte, no existen —en Barcelona, la mayoría se han convertido en bancos o cines— o están ocupados por compañías teatrales”.

Tiene ahora 35 años. “Me parece una buena edad. En realidad, me encanta cumplir años, remansarme. Y estoy en un buen momento, en lo particular, aunque yo no confío en nada, porque la vida te enseña a no fiarte de lo que tienes. Como cantautora, he procurado ir trabajando a mi manera, porque ésta es una profesión que yo amo y respeto mucho. Y no creo que sea prodigándose como uno llega a más gente, sino en la autenticidad y la reducción a lo que uno quiere hacer”.

La Bonet ataca ahora, flanqueada por la impresionante masa coral de sus compañeros, que se cierran en torno a su voz como un cepo, uno de los temas que, por la noche, alcanzarán mayor éxito: *La ploma de perdiu*, cantada a pelo, entusiastamente. “Me oigo en

lata”, dice. “Probemos con la *Habanera*”, indican los de sonido. Y María del Mar, brazos en arco, manos firmemente apoyadas en los flancos, ataca el aire marino cediendo a un leve balanceo. “Esto no ajusta”. “Sigo oyéndome en *bote*”. A sus pies, junto a la guitarra, una bolsa de caramelos, que la cantante reparte periódicamente entre sus compañeros. Chema Conesa se acerca para retratarla y ella se lamenta: “Deberías fotografiarme esta noche, cuando esté arreglada y pintada. Y, además, ¿cómo voy a salir en EL PAÍS comiendo un caramelo?”.

Todo ajusta por la noche, y un público fiel, joven, de *trenka* y *barba*, de falda larga y melena al viento, renueva una vez más la historia de amor que María del Mar está desarrollando con Madrid desde sus comienzos. Una brisa de vitalidad levantina barre la platea, los de Al Tall debutan aquí y están exultantes, repletos de deseos de comunicación que alcanzan su máxima expresión cuando atacan las jotas valencianas o cuando cuentan las heroicidades de los *maulets* frente a los invasores de Felipe V. “Cantar con María del Mar”, explicará más tarde Manolo Miralles, líder del grupo, “nos da *marcha*, por decirlo de alguna manera. Y nos ayuda a darnos a conocer más allá de Cataluña, las Islas y el País Valenciano”.

María del Mar ha salido a escena, la noche de su estreno madrileño —la última vez que estuvo aquí fue cuando los Isidros, en abril, en el Palacio de los Deportes—, vestida de cantante *folk* de los años sesenta: un vestido largo, color naranja, y sobrefalda de encaje blanco. Lleva una margarita en el escote y tiene un aire entre Joan Baez y *La casa de la pradera*. Cuando debe explicar la letra de alguna canción ligeramente picante se corta y dice, bueno, esto y lo otro, aturullándose un poco. Y el público se ríe, como si le estuviera haciendo confidencias la hermana menor, un tanto púdica. Porque, seguramente, aparte de cantar muy bien y de realizar una labor meritoria en la investigación del folklore, María del Mar Bonet sigue ofreciendo esa cualidad limpia y tranquila de la chica que triunfó y que podría ser de la familia.

Historia dolorosa y placentera de una amistad

M. T.

Hay una ternura especial entre los catalanes que se encuentran en Madrid, en el Madrid de hoy, en este casi final de 1982. ¿Estás bien?, se preguntan. Y: ¿por qué has venido?. Y a continuación, casi sin escuchar la respuesta, se atropellan contando los nuevos proyectos, las nuevas ilusiones. También, las nuevas visiones. Hubo una vez en que los catalanes llegaban a Madrid para impartir su verdad. Aquí, entonces, en un Madrid mucho más desgarrado por el franquismo que cualquier periferia posible, se les escuchaba, se les veía con los ojos muy abiertos, la boca en ascuas. Ahora, en este Madrid que ha ido recuperando su capitalidad —que es, sobre todo, sinónimo de hospitalidad y de igualdad—, los catalanes se presentan con un alegre espíritu comunitario, de comunicación, de solidaridad entre pueblos. María del Mar Bonet, que tiene una larga y profunda historia de amistad con el público madrileño, ha vivido el antes y el ahora de este amor medio doloroso, medio placentero, que las dos ciudades punteras de España se profesan. El público, que la sigue desde su primera aparición, ve en ella una especie de ventana abierta, de soplo fresco que trae el sonido de otras tierras, sin velos ni mentiras, sin mixtificaciones.

Crònica de Maruja Torres sobre el recital realitzat al Teatro Español de Madrid per la presentació del disc *Cançons de la Nostra Mediterrània*, publicada el 17 d'octubre de 1982 al diari El País